

Las paradojas de la ética en la globalización

Hugo Enrique Sáez A.*

El presente artículo pretende analizar la ética en una época de turbulencias como la actual. Por una parte, la discusión abstracta sobre los valores sólo aporta un mecanismo de distracción respecto del poder que se está imponiendo en el mundo. En consecuencia, el autor propone analizar los valores simbólicos que se difunden mediante el consumo, siguiendo la premisa de que las mercancías en sí mismas comportan una concepción de la vida y de las jerarquías sociales. Por supuesto, la belleza no es idéntica para todos los consumidores, pero el objetivo del consumo es construir una autoimagen que satisfaga las ambiciones del consumidor; por tanto, ya no se trata de caminar usando zapatos sino de adquirir los zapatos Bally para que eso me ubique en una posición respetable. Por último, se aporta una caracterización del proceso de producción de sujetos sociales en la coyuntura histórica de inicios del siglo xx.

Cuando se asienta una ley ética de la forma "tú debes...", el primer pensamiento es: ¿y qué, si no lo hago? Pero está claro que la ética nada tiene que ver con el premio y el castigo en sentido ordinario. Esta pregunta por las consecuencias de una acción tiene que ser, pues, irrelevante (Wittgenstein, 1993: 177).

* Profesor-investigador del Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

1. La ética en un mundo de turbulencias

Quisiera evocar brevemente el contexto histórico en que se inserta la elaboración de este artículo. Hace un año aproximadamente el planeta se estremeció por la tragedia filmada en Nueva York, donde perecieron miles de personas inadvertidas de su inminente fin. George Bush se erigió en el paladín de la lucha contra el terrorismo y con ese pretexto descargó el escarmiento sobre el empobrecido país de Afganistán. Luego, desde junio de 2002 se empezó a derrumbar uno de los pilares más sólidos de la economía capitalista con los sucesivos y multimillonarios fraudes de *Enron*, *WorldCom*, *Xerox*, y las empresas que restan. En esta última ocasión no hubo discursos solemnes para emprender una guerra contra la corrupción ni se colapsaron edificios, sino lo que se agrietó fue la confianza de muchos inversionistas, y éste es un valor moral indispensable del sistema económico mundial. Se erosionó también el prejuicio de que la corrupción era un cáncer inevitable y exclusivo de los países menos desarrollados. Tanto el presidente Bush como Cheney, su segundo de a bordo, han sido salpicados por las dudas sobre su responsabilidad en la catástrofe financiera. En palabras de Giddens (2000: 38 y 39), merced a esta crisis económica se ha incrementado la amenaza del riesgo manufacturado, es decir, el que se asocia al impacto del conocimiento humano sobre el mundo, en este caso, el complejo entramado financiero de la economía capitalista. Navegamos en aguas desconocidas, aunque las instituciones financieras y los gobiernos dispongan de los mecanismos técnicos para pronosticar el comportamiento del tipo de cambio, las tasas de crecimiento de la economía e inclusive se atreven a asignar una calificación de riesgo-país. La lectura de lo que nos está afectando exige analizar el mundo como una paradoja, primero en el sentido que lo planteaba Aristóteles:

Lo contrario a la "opinión de los más", o sea al sistema de creencias comunes al que se hace referencia, o bien, lo contrario a principios que se consideran bien establecidos o a proposiciones científicas (Abbagnano, 1993, entrada "paradoja").

Es cierto, una idea paradójica se opone al común sentir de las personas. Precisamente en medio de estas turbulencias que nos afectan a los habitantes más expuestos del planeta estamos obligados a replantearnos algunas evidencias que se han ido arraigando en torno a la globalización si queremos evadirnos de esta caverna en que el poder proyecta sus propias fantasías sobre el decurso histórico. Además del significado lógico, la paradoja es un instrumento de comprensión de la realidad social. De hecho, en cualquier realidad social se presentan ciertos desequilibrios que se resuelven en auténticas transacciones al margen de las normas escritas. Es decir, las prácticas de

los actores sociales son distintas y hasta opuestas a lo que fija la ley. Por ejemplo, un cálculo de costo/beneficio puede inducir a que ciertas autoridades toleren conductas que se apartan de las normas establecidas. La proliferación de vendedores ambulantes que no pagan impuestos ni se atienen a los criterios de salubridad se tolera en función de no disponer de los medios suficientes para imponer la ley. La paradoja se plantea aquí entre imponer la ley (orden del discurso) o sostener una situación en la que prosperan algunos personajes (orden práctico). La identificación de estas paradojas supone analizar los desequilibrios concretos a que se enfrentan las comunidades humanas. Los hombres a menudo actúan amparados en transacciones entre su interés personal y el colectivo, y dichas transacciones no siempre responden a imperativos éticos o políticos.

En otras palabras, me propongo cuestionar algunas concepciones en boga sobre la ética en este momento histórico que atraviesa la humanidad. Valga aclarar en principio que aun desde instituciones académicas se difunde una visión del mundo que oculta la esencia de esta historia que estamos viviendo. Así, en un extenso documento la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) ha afirmado que la globalización no comprende sólo fenómenos económicos y que, entre otras dimensiones sociales y culturales positivas, por el planeta se extienden los valores universales.

La globalización económica evoluciona simultáneamente a otros procesos que tienen su propia dinámica. Uno de los más positivos es el que la CEPAL ha denominado "globalización de los valores", entendida como la extensión gradual de principios éticos comunes y cuya manifestación más cabal son las declaraciones sobre los derechos humanos, en sus dos dimensiones más importantes. En primer término, los civiles y políticos, que garantizan la autonomía del individuo frente al poder del Estado y la participación en las decisiones públicas. En segundo lugar, los derechos económicos, sociales y culturales, que responden a los valores de igualdad económica y social, solidaridad y no discriminación (CEPAL, 2002: 21).

Ahora bien, en nuestro derredor nos topamos con testimonios tangibles de la disseminación de los productos industriales. Cámaras digitales japonesas, aceitunas griegas, panadería italiana, forman parte del paisaje cotidiano en cualquier supermercado. ¿Y de los valores? ¿Dónde se evidencia el respeto a los derechos humanos? ¿O quién garantiza la efectiva protección de la niñez y la adolescencia? ¿Con qué instrumentos se percibe el desarrollo sostenible con equidad? Lamentablemente, las posesas declaraciones sobre estos temas se aprueban en conferencias internacionales que se caracterizan por funcionarios que están más empeñados en intereses turísticos que

humanísticos. En contraste con las buenas conciencias, los periódicos informan sobre sucesos que niegan sistemáticamente los elevados valores de la libertad, la equidad de género, el trato amable con la naturaleza, y en todos los casos la acción u omisión del Estado suele ser significativa. En las páginas de los periódicos se reseñan sobre todo acciones perpetradas por impunes organizaciones criminales y por gobiernos cínicos que sostienen una doble moral.

En otro sentido conceptual muy distinto, cabe afirmar también que la creciente gravitación de los procesos de globalización no se efectúa al margen de los valores. Entonces habría que aclarar de qué tipo de valores se está hablando. La globalización tiene sus propios valores, y éstos se pueden apreciar también en cualquier comercio. Entre las latas de duraznos en almíbar y los caldos instantáneos suizos pululan los nuevos valores. A la hierofanía del mercado se asiste cotidianamente hasta cuando compro unos simples *jeans*. En principio, la forma en que se difunden los valores está dominada por unos muy especiales bienes culturales que no son precisamente una sinfonía de Beethoven o un cuadro de Boticelli. Una modesta sopa *Campbells* retratada por Andy Warhol es la clave que nos introduce al nuevo universo cultural dominado por el *marketing*. Se consume una camisa y al mismo tiempo se digiere un estilo de vida con exigencias muy precisas. La intención de la marca comercial del producto es proveer un sentimiento de pertenencia a un universo determinado, imaginario, eso sí, pero creado por la publicidad. El valor de cambio se agazapa como significado siempre evanescente que otorga sentido a los significantes llamados productos comerciales, es decir, la mercancía y el dinero se ubican como fundamento de la diferencia y la jerarquización de los sujetos sociales. El lápiz labial sirve de vehículo para que la idea de belleza se concrete. Por supuesto, la belleza no es idéntica para todos los consumidores. El objetivo del consumo es construir una autoimagen que satisfaga mis ambiciones; luego, ya no se trata de caminar usando zapatos sino de adquirir los zapatos *Bally* para que eso me ubique en una posición "respetable".

2. La dimensión histórica de la globalización

Este proceso de dominación global tiene una historia cuyo referente más prominente se rastrea en la extinción de la Unión Soviética y los países del llamado socialismo real, lo que dio lugar a la conformación de un poder unipolar que se reserva el derecho de policía para requisar Iraq o cualquier territorio nacional como si fuera un suburbio conflictivo de alguna ciudad de los Estados Unidos. Negri y Hardt lo sintetizan así:

... la era de los grandes conflictos ha llegado a su fin: el poder soberano ya no se enfrentará con su Otro ni tendrá que vérselas con su exterior, sino que irá expandiendo progresivamente sus fronteras hasta abarcar la totalidad del globo como su dominio propio (Hardt y Negri, 2002: 180).

Sin embargo, los Estados Unidos no actúan solos, como si se tratara de una potencia colonial que posee territorios allende sus fronteras. Mediante instituciones económicas surgidas después de las Segunda Guerra Mundial y otras constituidas en los años noventa, este país ha conformado alianzas político militares que le aseguran un papel hegemónico y la acción concertada de las economías desarrolladas. En el plano económico, la discutida decadencia de la soberanía de los Estados-nación facilitó el flujo incontrolado de bienes y servicios. En última instancia, ha sido el poder económico el encargado de colonizar el terreno de la política y de la guerra, y ello ha generado un inmenso cambio en la cultura que acarrea paradojas éticas difíciles de resolver. Por un lado, los aludidos organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial de Comercio (OMC), han expropiado la capacidad de decisión de los gobiernos en temas cruciales para su propio desarrollo. Por si quedaran dudas, el director de la OMC declaró en este 2002 que su tarea consistía en redactar la "constitución de una única economía global". Por otro, la eliminación de las fronteras geográficas por el ciberespacio condujo a la producción y el consumo de una sola cultura que se expande sin trabas por el cine, la televisión, el Internet. Los individuos nacen en medio de estas maquinarias que los socializan y los educan. El Poder así establecido nos dice que se han acabado las guerras, pero no destruye sus armas nucleares y exige el desarme de los países que poseen riquezas naturales dignas de apropiarse (léase, petróleo). Ya no hay historia porque tampoco existen las fronteras temporales.

Escuchemos cómo se expresa la voz del Poder al respecto y cómo entiende los cambios internacionales más recientes. Había emergido en el decenio de 1980 una nueva realidad, que el proyecto político de Reagan y Thatcher entendió con claridad para conducirla hacia los efectos que describe Samuel Huntington, uno de los cerebros de la Comisión Trilateral establecida por David Rockefeller en 1973.

A finales de los años ochenta el mundo comunista se desplomó y el sistema internacional de la guerra fría pasó a ser historia. En el mundo de la posguerra fría las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas ni económicas; son culturales. Personas y naciones están intentando responder a la pregunta más básica que los seres humanos pueden afrontar: ¿quiénes somos? Y la están respondiendo en la forma tradi-

cional en que los seres humanos la han contestado, haciendo referencia a las cosas más importantes para ellos. La gente se define desde el punto de vista de la genealogía, la religión, la lengua, la historia, los valores, costumbres e instituciones. Se identifican con grupos culturales: tribus, grupos étnicos, comunidades religiosas, naciones, y en el nivel más alto, civilizaciones (Huntington, 1998: 22-23).

De esta manera traza el ideólogo del Pentágono su percepción del nuevo campo de batalla en que se mueve lo que él llama Occidente. Señala como línea política la necesidad de convivir con esas culturas locales e identifica una sola contradicción, la que existiría entre Occidente y el Islam, o mejor, entre Occidente y los líderes "extremistas" del Islam. Ese terreno multicultural no es incompatible con un proyecto del poder global que reserve espacios cerrados a la manifestación de las diferencias entre la danza de los concheros nahuas y los especuladores de la bolsa de valores. El reconocimiento de las identidades minoritarias en la sociedad (indígenas, extranjeros, ecologistas, pacifistas, etc.) tiene un contrapeso en el hecho de que se desdibuja la posibilidad de un sujeto que se oponga a la arbitrariedad de la globalización económica. Así, en los foros sociales de Porto Alegre y en el más reciente de Buenos Aires tienen cabida feministas, campesinos sin tierra, ecologistas, piqueteros, desempleados, colonos, académicos, sindicalistas. ¿Qué elemento unifica a actores sociales tan disímiles?

3. Las reglas de producción de sujetos sociales

En este contexto multicultural, ¿cómo es recomendable abordar el problema de la ética en un clima tan carente de esperanzas como el actual? Pese a todo, el sistema continúa requiriendo los servicios de una cobertura ética. Dos autores ya citados son muy precisos al referirse a esta necesidad:

A menudo la intervención moral hace las veces del primer acto que prepara el escenario para la intervención militar (Hardt y Negri, 2002: 49).

No sólo en circunstancias excepcionales como la guerra, también en el funcionamiento cotidiano la ética debe enfocarse como un medio de producción de sujetos que se aplica siguiendo una estrategia. De hecho, Ricoeur ha mostrado que las reglas morales no explican la conducta, de igual manera que las reglas del ajedrez no explican este juego. En consecuencia, hay que desechar la imagen de la ética como un conjunto

de principios a los que se ajustaría la conducta, o bien se desviaría de ellos, haciéndonos acreedores a las sanciones previstas en ese mismo código. Por el contrario, los preceptos éticos sirven para modelar y regular la conformación de sujetos sociales que, como su nombre lo indica, están "sujetos" a cierto constreñimiento de una identidad.

Como advierte Onfray (1990: 69), "la ley moral sirve para someter la singularidad al principio universal." La identidad es una condición para el ejercicio del poder. Por ejemplo, si alguien no se asume como estudiante no consentirá en aceptar ni obedecer lo que diga su profesor. O bien, si un automovilista no reconoce la autoridad en el uniforme del policía se negará a detenerse cuando este último se lo indique. La identidad contribuye a la constitución de sujetos sociales, condición *sine qua non* para fundar un orden social, que nunca está exento de contradicciones. Además, los sujetos dominados generan anticuerpos frente a esa estrategia y obligan a que ésta se refuncionalice, se renueve. La Revolución Francesa de 1789, por ejemplo, decretó la obsolescencia de un orden social sostenido por el cuerpo sagrado de un soberano que se reclamaba delegado de Dios. Se pasó entonces del imperio del mandato bíblico al de la ley civil, proceso que Nietzsche caracterizó como sustitución de las tablas divinas por las tablas humanas (Nietzsche, 1992: "De las viejas y nuevas tablas"). En ambos sistemas, el monárquico y el republicano, se mantenía un fundamento trascendente (Dios y el Hombre), o sea, el mundo real depende de un mundo ideal que la autoridad (sacerdote, presidente, maestro) utiliza para juzgar la vida y aplicar correctivos. Deleuze captó este cambio de forma sin alterar la esencia y se pregunta:

¿Se ha matado a Dios cuando hemos colocado al hombre en su lugar y hemos guardado lo esencial, es decir, el lugar? El único cambio es éste: en lugar de ser cargado desde fuera, el propio hombre toma los pesos para colocárselos sobre sus espaldas. (...) Siempre se nos invita a someternos, a cargar con un peso, a reconocer tan sólo las formas reactivas de la vida, las formas acusatorias del pensamiento (Deleuze, 1974: 215).

La modernidad que arranca con la Revolución Francesa sacralizó el cuerpo social y funcionó en sus dispositivos institucionales (familia, escuela, hospital, fábrica) mediante diversos sistemas de normas orientadas a formar sujetos sociales bastante rígidos, basándose principalmente en la distinción entre lo normal y lo patológico. El individuo flotaba de la familia a la escuela y de ésta al trabajo desempeñando distintos roles, siempre hijos. Conocemos la vieja leyenda de la madre abnegada que llega virgen al matrimonio y se dedica con pasión de beata al culto del hogar. En cierto momento, alrededor de las décadas de 1960 y 1970 se advirtió que esta organización de la socialidad resultaba demasiado esquemática e inadecuada para las nuevas exigencias de la

economía. Las mujeres ya no se quedaban pasivamente en su casa y los jóvenes no podían esperar el matrimonio para iniciar sus experiencias sexuales. Se empieza a configurar el mundo de la aldea global (McLuhan, 1989) y se impone un nuevo régimen de administración de la ética, que tiene algunas características definitorias.

- La ética de la fase productiva del capitalismo (dos de cuyos iconos son Kant y Locke) no puede ser idéntica a la que se estructura en la etapa en que domina el capital financiero. El supuesto de la ética kantiana es la unidad metafísica del sujeto, que se materializa en la existencia de una sociedad de hombres libres e iguales y que se propone la preservación del conjunto social. El imperativo categórico supone una sociedad de hombres iguales y no se realiza si no se aplican castigos casuísticos. La sociedad republicana necesita una *pasión*, también republicana, que interiorice sus valores. En el capitalismo financiero se impone una forma de darwinismo social que confía en la supervivencia del más fuerte. Entonces la pasión pública se vuelve pulsión individual que se rige, idealmente, por el placer y el deseo dominados por el miedo a la exclusión; el deseo de los bienes y el placer de consumir. Se abandona la idea de formar un solo sujeto (el pueblo) y se admiten las diferencias. Incluso llegan a convivir los roles más tradicionales (sacerdotes fundamentalistas) con los de avanzada (los *punks* y los "rape-ro", por ejemplo). En la danza global se mezclan todos los disfraces de la historia.

- Se "secularizan" los espacios de la sociedad civil respecto de la regulación estatal. Ahora no se trata de liberar a la sociedad civil de la tutela de la Iglesia sino de la administración del Estado. A su vez, el Estado se reserva la primordial tarea de preservar los equilibrios macro, tanto en el terreno político como en el económico. Aun más, el Estado ya no es el depositario exclusivo del poder sino que se integra en un sistema mundial que combina lo público y lo privado, sistema cuyo pináculo ostentan los Estados Unidos gracias al control militar de la energía nuclear destructiva, a la posición hegemónica en el orden plutocrático derivado de la acumulación de riquezas y al dominio del ciberespacio (véase Hardt y Negri, 2002). El Estado ya no ejerce su soberanía ideológica de manera directa (no hay *una* ideología paradigmática capitalista) ni sobre un territorio; está obligado a hacerlo sobre masas desterritorializadas, ya sea porque fueron expulsadas a raíz de las migraciones desde sus lugares de origen, o bien porque permanecieron en sus casas pero fueron arrancadas de las leyendas de su suelo natal para entregarse al imaginario electrónico que les brinda un espacio de ilusión. El imaginario social ha generado en el planeta multitud de espacios cerrados que cancelan la separación de lo público y lo privado, y que al mismo tiempo son espacios privados

¹ "En la sociología y en la ciencia política contemporánea el término secularización ha sido introducido para indicar el abandono de comportamientos de tipo sacro, el alejamiento de esquemas tradicionales y de posiciones dogmáticas y apriorísticas" (Bobbio y Matteucci, tomo II, 1982: 1478).

y públicos. El altar doméstico se erige ahora en torno a la computadora o la pantalla de televisión, y desde allí puedo descolgar el teléfono para votar sobre los asuntos más dispares (el derecho de las mascotas a viajar en el transporte público o la calificación del discurso del presidente). Asimismo, el *shopping center*, la nueva catedral del capitalismo, autopistas, barrios exclusivos, bancos, discotecas, universidades, son proyecciones de la pantalla televisiva donde imperan las marcas; en éstos se nos monitorea constantemente por cámaras invisibles y se nos encapsula como un dato más de los ordenadores electrónicos. El Poder está presente en todas partes. Los sujetos se producen en todas partes y a toda hora.

- En la globalización, y esto es lo destacable, los intercambios de todo tipo (sexuales, profesionales, comerciales, educacionales, etc.) se rigen por el diseño axiomático de las conductas, es decir, por un número reducido de reglas que establecen el llamado comportamiento de calidad deseado por las instituciones y organizaciones. La ética axiomática considera que respeta la igualdad en tanto que todos somos libres de participar en esos intercambios y que las jerarquías son legítimas porque resultan de las "naturales diferencias" de capacidades poseídas por los individuos. El esfuerzo por identificarse con el triunfador a veces se recompensa con los logros obtenidos, y en otras ocasiones no rinde sus frutos. Ello convierte al individuo en un fracasado, un inútil para el sistema, que puede ser útil si como víctima busca victimizar a otros y así se preserva un "equilibrio natural". En este resultado se evidencia que la ética, como dice Wittgenstein en el epígrafe, se desentiende de las consecuencias porque son irrelevantes para sus fines. Es suficiente con que el discurso culpabilice a la víctima y la convezna de que es responsable del fracaso.

- En lugar de una identidad fija, de un modelo único, se admiten identidades flexibles y móviles que se regulan mediante el imaginario siempre cambiante de la sociedad del espectáculo. Se pasa de una ética de valores universales (una humanidad invisible que actúa como idea reguladora) a una ética de axiomas que se aplican a situaciones singulares en las que el principal reto es salir victorioso de la competencia. Esta ética en principio acepta a todos los que puedan ingresar al sistema y se comporten de acuerdo con las reglas técnicas previamente definidas; a la vez, segrega a quienes no se adecuan a los límites fijados para las variables. Las jerarquías se entienden como el efecto natural de diferencias culturales, o bien como la tendencia individual a preferir ciertas opciones en lugar de otras. En lugar de la integración social, se organiza la convivencia segmentada por diferencias. Luego, si la preferencia sexual conduce a matrimonios gay, habrá legislaciones que tipifiquen esa unión. Como se ha dicho, la universalidad de la ética de la globalización se funda en el abierto criterio de acceso a la competencia, supervisada por un juego de reglas definidas desde el poder.

• Una auténtica síntesis del proyecto globalizador en su afán de imponer la libre circulación de todos los bienes, incluidos los culturales, se encuentra en que el principal dispositivo estratégico de este proyecto es el tendido de redes que abarquen el planeta entero. Redes de comunicación, financieras, educacionales, de espectáculo. Sin las tecnologías de la información sería imposible tender y alimentar esas redes. Según el planteamiento de Castells:

Las nuevas tecnologías de la información, al transformar los procesos de procesamiento de la información, actúan en todos los dominios de la actividad humana y hacen posible establecer conexiones infinitas entre diferentes dominios, así como entre los elementos y agentes de tales actividades (Castells, 1999: 94).

Por consiguiente, los bienes económicos que circulan por esas redes son al mismo tiempo bienes culturales portadores de un valor simbólico que sirve para la identificación de los sujetos sociales. La mercancía genera en un solo movimiento la satisfacción de un deseo de consumo y una imagen de ese consumo.

4. El Poder invade el mundo cotidiano

La pregunta central de la ética sigue siendo un intento por establecer conductas legítimas: ¿quién manda cuando actúo? En la antigüedad se la formulaba mediante una imagen: ¿quién lleva las riendas, el cochero imaginado por Platón en el *Fedro* o el caballo de la concupiscencia? La modernidad lo entendió mediante esta alternativa: ¿me domina la tentación de apropiarme un granero u obedezco la muda voz del imperativo categórico kantiano? En la globalización se podría decir: ¿quién acciona los movimientos de la mano? ¿el control de la televisión que genera el nervioso *zapping*? ¿o una orden reflexionada del cerebro? La "producción del alma" (expresión de Robert Musil) queda a cargo de la inteligencia cibernética de las tecnologías de la información. Los dedos se utilizan como un órgano privilegiado de relación a distancia pero van perdiendo su naturaleza para convertirse en un instrumento apéndice. La alteridad virtual es constitutiva de la identidad. En todos los casos históricos mencionados cabe subrayar un hilo conductor, esto es, que la ética plantea una cuestión de poder, una separación entre el actor y el juez. ¿Qué voluntad de poder se apropia de mi conducta? La anécdota que reseño a continuación pertenece a Gramsci. Un cura de parroquia aldeana visita el Vaticano guiado por un Cardenal. Incidentalmente sale a la conversación el "milagro" de la licuefacción de la sangre de San Gennaro, que tanto se venera en Nápoles. Sin inmutarse, el

Cardenal expone las causas físicas y químicas que generan el fenómeno en determinada fecha del año. Sobresaltado, el humilde sacerdote brinca con esta pregunta: "Pero, ¿cómo? Entonces, ¿no es un milagro?" A ello, la romana autoridad replica: "Recuerde que nosotros somos políticos de la Iglesia, no creyentes." Los tiempos cambian pero la separación entre "políticos" y "creyentes" persiste.

El objeto del Poder, dice Foucault, es la vida. Por supuesto, desde tiempos inmemoriales en que el poder se separó del individuo y se le enfrentó, siempre su objeto ha sido la vida. Aun más, la justificación de la dominación se ha basado, desde Platón a Bodino e inclusive después, en el hecho de que el derrotado prefería seguir vivo como esclavo a morir como hombre libre, y en eso radicaba su inferioridad y su desgraciado destino. La civilización "libre" se construye con hombres que renunciaron a la libertad. La diferencia específica del poder global estriba en que ahora se dedica por completo a administrar la producción y la reproducción de la vida a escala planetaria. Consecuente con el paradigma cuantitativo de la época, el objeto del Poder se enfoca a la entidad estadística llamada población, cuyas dimensiones y crecimiento se intenta mantener dentro de cierto umbral. Así lo expresa Susan George:

El biopoder se centra, no en el cuerpo, sino en la masa, e intenta reducir la probabilidad de que se produzcan diversos contratiempos que pueden afectar a la vida en general. La soberanía [nota del autor: forma de ejercicio del poder en la modernidad] utiliza instituciones como escuelas, hospitales, cuarteles y fábricas; el biopoder necesita grandes burocracias para administrar la seguridad social y las pensiones de vejez; para hacer cumplir normas de seguridad e higiene. Los nacimientos son atendidos médicamente; los hijos son, por ley, vacunados; las viviendas públicas siguen unas normas, etc. (George, 2001: 124).

En diversos aspectos se refleja esta estrategia de controlar la vida penetrando hasta los códigos del movimiento neuronal. Primero, la ingeniería biológica abarca desde la regulación de la natalidad, pasando por la legalización de la eutanasia y llegando hasta la probable clonación de seres humanos. El genoma humano sirve tanto para la manipulación genética como para realizar cirugías que antes eran inimaginables. Segundo, las redes de comunicación penetran en los cerebros (y a través de éstos, en la imaginación de las multitudes) para incorporarlos a un mundo irreal que da sentido a la realidad cotidiana. En esta operación interviene la llamada sociedad del espectáculo.

Allí donde el mundo real se cambia en simples imágenes, las simples imágenes se convierten en seres reales y en las motivaciones eficientes de un comportamiento hipnótico (Debord, s.f: capítulo I, parágrafo 18).

La sociedad del espectáculo, continuando con Debord, no es una mera acumulación de imágenes sino justamente una relación social —cada vez más artificial— entre personas que se vinculan entre sí a través de esas imágenes. La artificialidad identitaria se revela en el hecho de que no se puede prescindir del mundo industrial en que se refleja nuestra imagen. Un mundo del que nadie puede escapar, que en apariencia no tiene exterior. La tecnología construye la naturaleza, programa la vida (TV, medios técnicos) y el orden artificial se impone al orden natural. La dialéctica espejo/público posibilita infinitos juegos entre la vida y lo "inerte móvil" (por llamar de alguna manera a esa máquina inorgánica que emite imágenes sin cesar). Se cumplieron 25 años de la muerte de Elvis Presley y adolescentes que nunca habían escuchado su música fueron incorporados a los escenarios en que se hizo revivir las imágenes del ídolo de las caderas inquietas.

Tercero, el poder ya no opera en aparatos cerrados (familia, Iglesia, sindicatos, partidos) y aunque no prescinde de éstos, ahora abarca el conjunto de la sociedad, habla desde los cuatro puntos cardinales, incluso desde el cielo. Los logos comerciales y los medios en general son los padres adoptivos de las nuevas generaciones. Se me ocurre un guión inspirado en la teoría de la impronta de Konrad Lorenz. Nace un niño y lo primero que ve es una botella de *Coca Cola*. Luego, la sigue a todas partes creyendo que es su mamá. Recuérdese además aquella escena de *Mujeres al borde de un ataque de nervios* en que la madre deja grabado en un video el cuento que nunca lee personalmente a su hijo.

Estoy convencido de que este panorama de encierro tiene grietas que nos permiten escapar. En la medida de mis posibilidades, una llave que abre la conciencia a otros mundos es el pensamiento. Muestro por último un ejercicio de ese pensamiento. Con ese propósito, leo un pasaje de las enseñanzas de Buda.

Como una bella flor sin perfume,
así son las hermosas palabras
de aquel que no hace lo que dice (Anónimo, 1997: 17).

Consecuentes con su pasión por el eufemismo maquillador, los discursos políticos en boga insisten en llamar "medidas de ajuste económico" a las que empujan el proceso de empobrecimiento de las multitudes, o bien afirman que se emprende la "desregulación del Estado" cuando entregan a la voracidad del capital privado la propiedad de empresas que pertenecían a la nación. Sin duda, se está registrando una hiperinflación de la palabra que la despoja de todo valor, salvo su papel como elemento retórico de un discurso en el que la verdad se ha convertido en una fábula relatada sin cesar por los

medios. Por eso, hoy la palabra se transmite profusamente en todas las direcciones sin un sentido lógico, de manera análoga a las paradojas que acosan permanentemente a Alicia cuando es succionada por ese hoyo onírico. Se repite y la repito, inexpressivo. Se graba y se reproduce cuantas veces quieran, pero aunque pronunciada por nosotros no es nuestra palabra. En particular, el término "ética" prácticamente carece de sentido en la era de la globalización. Primera paradoja: referirse a la ética en la globalización puede resultar una empresa frustrante porque la misma verborragia sobre los valores confunde el significado del objeto que se intenta comprender.

Lo cierto es que la palabra ha sido expropiada a los sujetos hablantes y juega en la sociedad el papel de una pieza más en el arsenal retórico de la globalización. Llega a las pantallas del espectáculo como un vulgar y efímero objeto de consumo. La expropiación de los medios de producción del diálogo conlleva la cancelación de la posibilidad del pensar autónomo. La palabra del Poder nos invita a dormir, a no ejercer las capacidades de análisis. No se duerme para soñar, se sueña para dormir arrullados por los cuentos que el Poder nos cuenta sobre sí mismo. Sin palabra propia, no pienso. Nada tengo que decir al otro. No platico con mis hijos pero sí me entrego a la cháchara insulsa del chat. En una época de elevada escolaridad, cada día tengo menos conciencia de qué idioma estoy hablando. Dicen que español. En Cancún hay un negocio que con ironía anuncia "también se habla español". En la frontera norte de México un colombiano requerirá de traductor para entender cuando alguien le pide "púchame la troca". En mi oficina, una secretaria le dice a otra por teléfono que ese "imeil te lo forwardeo". Un economista me pasa su "peiper" en el que sostiene "se celebró un evento académico atendiendo diversos especialistas".

5. El espectáculo de la sociedad

Más allá de las fanfarrias del progreso indefinido, un planeta dominado por la ciencia y la tecnología en vez de convertirse en un hogar habitable, se halla amenazado permanentemente por la extinción. Por la nube marrón que flota sobre el océano Índico, por el agujero de ozono que se abrió sobre la Antártida, por las selvas que se consumen en la Amazonia. Organizaciones internacionales se preocupan en sus declaraciones por el medio ambiente. Sin embargo, los propósitos no llegan a la acción. La palabra se ha vaciado de significación y por ese motivo, la promesa no tiene valor alguno. Sin promesas creíbles, los acuerdos se convierten en un ritual desprovisto de contenido y el futuro se vuelve incierto. Una sociedad basada en el pacto se esfuma en un pasado que no

retorna. De allí nace el temor, que nos sume en la desorientación ante la imposibilidad de planear el futuro más allá de las veinticuatro horas. Como diría Wittgenstein, estamos extraviados en un desierto de significación. Segunda paradoja. Cuando el confort se ha establecido como meta compartida por millones de humanos, la seguridad desaparece de la vida cotidiana. Amurallados en las ciudades fortaleza de Los Ángeles, México o Sao Paulo, observamos al prójimo con el ojo escrutador del guerrero que calcula cada movimiento para prevenir el ataque sorpresivo en los no lugares de la calle. El automóvil es un arma, las calles cotos privatizados, la vivienda un minibúnker.

Mi hija adolescente, aunque ama su lengua natal, tararea cuanta canción en inglés transmiten por su emisora preferida, *Alfa radio*. La acompaño al *showcase* de Sophie Ellis, cantante pop que está de moda en agosto de 2002. Retengo la fecha porque es probable que en septiembre, cuando exponga esta ponencia, la joven haya tropezado escaleras abajo en el *top ten*. Alrededor de mil muchachos y muchachas (se nos ha enseñado a respetar la diferencia de género) se apiñan en una discoteca decorada igual que si estuviera emplazada en Nueva York. El escenario nos transporta a la alfombra global. Pululan los rostros mestizos y aindiados, que portan nombres tan exóticos como Johnatan (no quiero imaginarme si lo escribieron con ye ni en qué orden pusieron la hache) y las Denises. Para mi asombro, siguen con fidelidad la letra de las canciones de la británica de 22 años. Ahí experimento esa sensación de que cada vez se parecen más entre sí el exterior de un adolescente metropolitano de Finlandia, Japón o Costa de Marfil, porque sus gustos y conductas responden a su integración en red. Ella, la artista, se presenta con un vestido discreto, corto, que combina el amarillo con el verde y el azul oscuro. Contrasta su informalidad con el disfraz de una modelo que han puesto a bailar en una especie de jaula de vidrio colgada por encima de los adolescentes. Esta última parece una Blancanieves del siglo XVIII y se mueve sin ninguna gracia en el breve espacio que le han reservado. La Ellis ensaya pasitos de un atrevimiento aprendido. Quizá, me imagino, quiere emular la sensualidad de las mulatas cariocas en el carnaval de Río. Sin embargo, sus movimientos de cadera carecen de espontaneidad y el baile se queda en una travesura de fiesta familiar. Algo parecido a lo que haría cualquier adolescente bajo la mirada condescendiente de los padres. La multitud, dócil, autocomplaciente, grita cuando le ordenan que lo haga, eleva los brazos cuando le ordenan que lo haga. Se ríe, programadamente, de las bromas programadas del animador. Mi espíritu de los setenta se rebela ante la falta de rebeldía. Retorno a las canciones en español argentino de *sui generis* cuando el dúo criticaba a aquellos maestros que "sólo conocían su ciencia y el deber. Nadie se animó a decir una verdad". La nostalgia es el retorno del dolor, me enseñó mi profesor de griego, Vicente Cicchitti. Pero en medio de la anestesia generalizada ni siquiera retorna el dolor. Siento, en cambio, que algo ha cambiado. Estamos en la era de la globalización.

Me pregunto: ¿qué es la globalización, además de esa moneda de intercambio que al pronunciarla me convierte automáticamente en alguien que está al día? Un nuevo evangelio que quiere llegar vía electrónica hasta los lugares más recónditos del planeta. Una cultura que rinde culto a las "estrellas" comerciales y eclipsa las culturas locales y nacionales. Las redes de la globalización cubren el planeta pero también expulsan por sus enormes hoyos a una gran mayoría. La nueva palabra de un dios terrenal que nadie ha visto, como corresponde a cualquier divinidad. Una presencia que por sí sola se explica, o mejor dicho, se impone y la gente la internaliza como propia. La ilusión de haber estado dentro del espejo global se había cumplido por algo más de una hora. Salimos a la calle, afuera, el imperio de la publicidad seguía erguido sobre autobuses, letreros luminosos, escaparates de las tiendas, anuncios espectaculares que han sustituido a la antigua pintura mural. Retorno a Naomi Klein cuando escribió:

Los logos, por la fuerza de su ubicuidad, se han convertido en lo más parecido que tenemos a un idioma internacional, y se los reconoce y comprende en muchos idiomas más que en el inglés (Klein, 2001: 27).

El funcionamiento de las redes en que nos situamos exige la comprensión de un lenguaje. Por debajo del habla cotidiana se desplazan los significados de las marcas como lenguaje inconsciente que estructura los mensajes conscientes. Identidades diversas, significados comunes. ¿Qué ocurre con los miles de millones de pobres que están al margen del discurso publicitario? De todos modos, aunque sus cerebros se salven del evangelio globalizador, son un objeto del Poder que los calcula como población sobrante a la que es legítimo aplicarle correctivos, ya sea esterilizando las mujeres, permaneciendo pasivos frente a la expansión del virus de inmunodeficiencia humana, alentando conflictos bélicos de baja intensidad pero alta mortandad, o bien mermando la población mediante políticas de ajuste. Los cerebros que controlan la economía internacional consideran legítimo y ético proceder a la regulación de los nacimientos y de las muertes. ¡Menos mal que ya no vivimos en la barbarie!

Bibliografía

- Abbagnano, Nicola (1993), *Diccionario de filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, décima reimpresión.
- Anónimo (1997), *Dhammapada o Las enseñanzas de Buda*, México, Fondo de Cultura Económica.

- Bobbio, Norberto y Nicola Matteucci (1982), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores, dos tomos.
- Castells, Manuel (1999), *La era de la información*, México, Siglo XXI Editores, volumen I: La sociedad red.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL] (2002), *Globalización y desarrollo*, LC/G.2176, Santiago de Chile, 23 de abril.
- Debord, Guy (s.f.) La sociedad del espectáculo, en versión electrónica que se puede consultar en www.sindominio.net/ash/espect.htm.
- Deleuze, Gilles (1974), *Spinoza. Kant. Nietzsche*, Barcelona, editorial Labor, colección Maldoror.
- George, Susan (2001), *Informe Lugano*, Barcelona, Icaria editorial-Intermón Oxfam.
- Giddens, Anthony (2000), *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2002), *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
- Huntington, Samuel (1998), *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, México, Paidós.
- Klein, Naomi (2001), *No logo. El poder de las marcas*, Barcelona, Paidós.
- McLuhan, Marshall (1989), *War and peace in the global village*, New York, McGraw Hill.
- Michel Onfray, Samuel (1990), *Cynismes. Portrait du philosophe en chien*, Paris, Grasset.
- Nietzsche, Friedrich (1992), *Así habló Zaratustra*, Barcelona, Planeta-De Agostini.
- Wittgenstein, Ludwig (1993), *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Alianza Universidad, cuarta reimpresión.